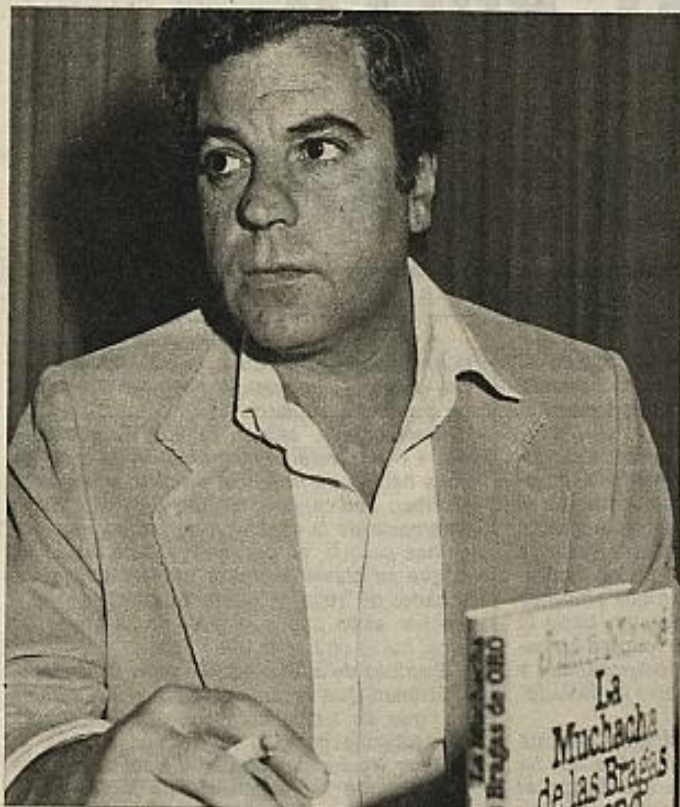


LIBROS

Un novelista cambia de camisa

Lo primero que sorprende en la novela de Juan Marsé, ganadora del Premio Planeta 1978 (1), es la cita introductoria, una frase de Henry James. Lo segundo que sorprende es lo adecuado de la cita, porque, en efecto, se trata de una novela inspirada en Henry James. Dejemos por el momento las cuestiones formales. El conocido ra-



Juan Marsé.

zonamiento de Mario Vargas Llosa, según el cual las novelas de Marsé son buenas a pesar de estar mal escritas, es un poco sofisticado. No se sabe muy bien qué quiere decir bien escrito. Pero quizá sí es posible saber por qué da esa impresión la obra fácil, literariamente fracasada.

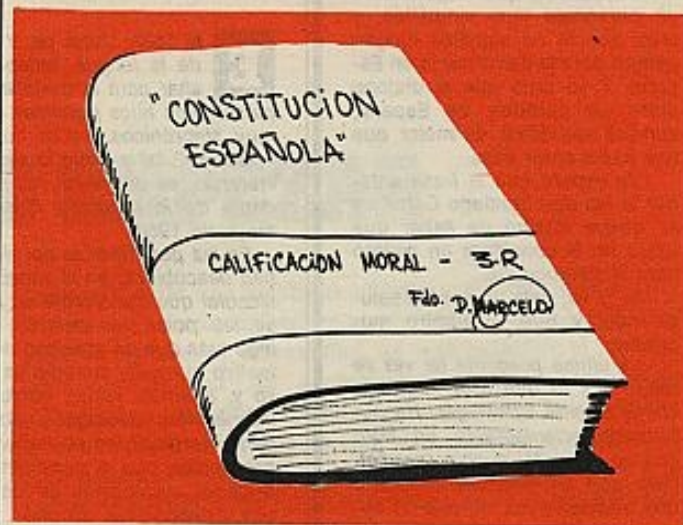
Creo que el problema nace y muere en Henry James. Marsé

(1) Juan Marsé, *La muchacha de las bragas de oro*. Planeta, 1978.

ha escrito un cuento de James, pero movido por unas causas que a la larga destruyen el efecto. El argumento es de James: un viejo fascista, apartado del mundo, redacta sus Memorias, y un buen día recibe la visita de su sobrina (una de esas históricas improbables). Acuciado por la vergüenza, el viejo escritor trata de enmendar su pasado, de manera que quede libre de culpas, disimulando sus anteriores sandeces y canalladas bajo el disfraz de otros compromisos morales más dignos. La sobrina hace de Pepito Grillo, escribiendo hirientes comentarios entre los folios que va pasando en limpio para ayudar a su tío. Pero el viejo fascista, de pronto, comienza a descubrir

elementos del pasado (una navaja de afeitar olvidada, antiguos fármacos) que confirman las mentiras que está redactando. En el desenlace comprobará que todo lo imaginado en sus Memorias era real, y que el pasado que tanto le avergonzaba era una fantasía de su conciencia culpable. Si este no es un argumento de James, que me aspen.

Como en *The real thing*, la imitación de lo real resulta más



verdadera que lo real mismo; como en *The Jolly Corner*, el pasado posible se impone sobre el pasado que fue. Marsé, con una insólita maniobra, se sitúa del lado de la literatura más filosófica, en la más pura escuela del arte por el arte. El título de su novela, poco acorde con las elegancias de Walter Pater y afines, es, sin embargo, el primer dato que permite rastrear un error.

Porque error lo hay, y grave. Cuando un novelista se propone resolver argumentos de índole metafísico-poética, debe asumir todas las consecuencias. La defensa del arte como verdadera realidad exige una acomodación literaria estéticamente acorde con su propósito, acomodación que estará basada en la sugerencia. Pero Marsé elige la forma contraria a lo que expone: una narración realista, directa, que se da de patadas con la narración misma. Así, la casa de Calafell, tan abierta al público, debiera ser más bien un caserón cerrado por donde el anciano pudiera moverse a gusto con sus monólogos, una atmósfera de claroscuro. La sobrina es un truco para aliviar el peso de la técnica, pues Marsé sabe que bastaba con el perro; pero semejante *tour de force* le habría planteado problemas de difícil solución, y el lector no habría encontrado las dosis de sexualidad exigidas por un best-seller. Elegir a un fascista arrepentido no es mala cosa, pero determina una lectura historizante; mejor habría sido algo más neutro, un viejo diplomático o director de orquesta; al fin y al cabo, las implicaciones políticas tampoco asoman en la

novela por ninguna parte. El final, con todo lo que tiene de James (el dato real —la pistola— que ratifica la objetividad de la fantasía, y que está a punto de costarle la vida al protagonista), se pierde en la banalidad de las conversaciones con la sobrina. El lector no vive íntimamente el drama, no sufre la suerte del viejo fascista, porque éste, en lugar de hablar consigo mismo (es decir, con el lector), como en los cuentos de James, habla con una muchachita tan atiborrada de moralismos como negada al entendimiento. El diálogo, en lugar de situarse en el ámbito de la inteligencia, se coloca de golpe en el de la sociología.

Marsé ganó con esta novela el Planeta, y es una lástima, porque perdió la oportunidad de escribir como Henry James. A eso se le llama falta de ambición. Pero resulta esperanzador ver a Marsé en el umbral de una nueva etapa en la que los valores estrictamente literarios ganan terreno sobre la vida misma. Seguro que la próxima será la buena. ■ FELIX DE AZUA.

El mar y las lenguas de Alfonso Barrera

La novelística latinoamericana saltó definitivamente la barrera alicorta del regionalismo cultural en la década de los sesenta (García Márquez, Cortázar, Carlos Fuentes, Jorge Edwards, Vargas Llosa, José Donoso, Salvador Garmendía, Otero Silva, Cabrera Infante), si bien la generación literaria in-